



EL NUEVO TRAJE DEL EMPERADOR

Autor: Prof. Francisco Ardiles.*

Después de pasar algunos semestres dando clases en el ámbito universitario en Venezuela, cualquier profesor con una preparación media, basada en la aplicación cualitativa de la instrumentación de inferencia que la naturaleza le dio, y aprovechando los cuatro dedos de sentido común que nos ha dejado la crisis cultural del país, puede darse cuenta de que la lectura para nuestros estudiantes es una práctica inútil y fastidiosa.

No hay que ser un genio para saber que esta es una verdad que muchos conocen pero que pocos admiten. Por eso se me ocurrió, a partir de una lectura sobre Rodríguez Adrados, escribir algunas líneas basadas en la idea principal de un cuento que el gran Hans Christian Andersen tituló: *El nuevo traje del emperador*. Relato infantil en el que se cuenta la historia de un rey que por su afán de estar a la moda termina valiéndose de un conjunto de aduladores sumamente ridículos para inventar una gran mentira acerca de su hermoso vestuario ausente.

Yo creo que algo parecido se oculta tras los resultados que ha arrojado la propuesta idílica de una enseñanza de lectura sin esfuerzo, que desde hace años echó raíces en las instancias académicas y los congresos especializados. Gracias a la llegada triunfal de esta nueva ola de tendencias pedagogizantes constructivistas, que inflaron los predios de la enseñanza básica, media y universitaria.

* FRANCISCO ARDILES: Cátedra Teorías y Métodos de Investigación Literaria, Departamento de Lengua y Literatura, Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad de Carabobo

Los frutos que se han recogido de la aplicación de semejante perspectivismo pedagógico, se parecen mucho a estas maltrechas humanidades y esa desnutrida literatura, a la que por cierto ya nadie mira con cariño ni confianza, que vemos correr despavorida por los pasillos de los centros de enseñanza del país. Los hechos son evidentes, hablan por sí mismos y desfilan tan desnudos como ese vestuario gracioso del rey. Las verdades son duras, tristes y a veces no tienen remedio.

Sabemos muy bien por lo que nos explica Giovanni Sartori en su texto *Las sociedades Teledirigidas*, que la lucha entre la escuela y la televisión, más todo el arsenal de estímulos que lleva consigo para que rodee y vaya al lado de los niños, está perdida de antemano, porque nuestra época no es estancia de lectores sino de televidentes. Vilem Flusser, el famoso filósofo checo, nos habla de una época que ha experimentado el paso de la cultura escrita a la visual, y en consecuencia de un estado de transición en el que hemos pasado de ser el *homo sapiens* al *homo videns*. Eso explica de alguna manera por qué a fin de cuentas, quienes enseñan a leer sienten que están involucrados en una especie de simulacro hiperreal en el que la huerfanita virgen, voluptuosa, llorona, inocente y pobre, de la noche a la mañana, se gana la lotería del eterno amor burgués.

Jacques Attali nos dice en su *Diccionario del Siglo XXI*, que en el 2010 habrá más de dos mil millones de televisores encendidos al unísono. Este dato es, de alguna manera, prueba anticipada de que esta invención de distracción doméstica de la tecnología comunicacional, ha sido uno de los grandes inventos de la historia de la humanidad. Nuestra *tele*, esa que cuidamos con tanto empeño y celo, esa que limpiamos a diario, ese pequeño Dios que nos cuenta las verdades de la vida, terminará por transformarse definitivamente en el objeto más familiar de todos los hombres, en la reliquia provisional de la familia, en el elemento de cohesión, de erótica y uniformidad de la cultura global.

De esta manera vemos como todo se ha ido mimetizando, pareciendo cada vez más al escenario que anticipó Orwell en su novela, *1984*; porque aunque lo neguemos ante los muchachitos de la escuela, estamos concientes de que ese tiempo que se gasta en la distracción de la novela de las nueve nos da un placer indescriptible, inefable como dirían los místicos. Sabemos que entre bocanada y bocanada de formación audiovisual y de telebasura, se nos acaba el día. Sabemos

que ese hábito tan conciliador nos ha acostumbrado a la pasividad y a la adicción por los gustos insensibles, a la frivolidad de los *reality shows* y a la pendenciera inclinación por la lucha sensual de los gladiadores americanos.

Sabemos que hemos aprendido a soñar con nuestro querido televisor. Y estamos de acuerdo en que hoy en día, uno no puede recordar el cumpleaños de la hermana si no lo ha grabado antes, como una sucesión de imágenes dispuestas para nuestras amistades. Ahora las personas salen de vacaciones con una grabadora y no con un libro, dice Zygmund Bauman, y sólo cuando están de vuelta, y miran en la pantalla lo que grabaron, pueden estar seguros de que sus vacaciones fueron reales y felices.

En el *Emilio*, Rousseau desarrolla su idea de la obtención de la felicidad lograda a partir de la obtención de la libertad y la igualdad. En el transcurso del tiempo, su propuesta de felicidad se ha ido concretando en la plenitud de la ignorancia, en la idiota masificación de los *comics*, en la fabulosa presencia de las teleseries y en las simuladas tragedias de los videojuegos. La demagogia barata que ha cambiado la literatura por las altas cifras de alfabetización, la escolaridad analfabeta y la distracción cosificada nos ha tomado el pelo y ahora se ríe de nosotros.

Así es como hemos alcanzado la punta del *iceberg*, el punto de la frialdad en el que da igual si el rey va de seda o desnudo. Hemos llegado a la cima de los hechos, en este nuevo siglo que ya va cumplir sus primeros diez años, en que todo, hasta la ignorancia extrema es motivo de felicidad. Todos nos estamos felicitando gratuitamente por haber creado, a fuerza de mucho amor y entrega, un ejército de analfabetos funcionales y ágrafos con teléfono celular que se mofan del paso de los días desde la ventana de un edificio inteligente al que han llegado en patineta.

En noviembre del año 2006 Gabriel Zaid, el gran escritor mejicano, publicó un artículo en el que se ilustra con signos y detalles, las pruebas del fracaso de un proyecto educativo que yo, hasta ahora, he cuestionado con tanta irresponsabilidad y sin pruebas contundentes. En ese texto el autor desarrolla una reflexión sobre el tema de la lectura a partir de los resultados que arrojó un sonado estudio estadístico sobre los hábitos de lectura de los mexicanos.

Zaid empieza su texto ilustrando la situación con algunos datos extraídos de un informe que goza de una indudable pertinencia y probada veracidad. Veamos lo que nos dicen los números que gustan tanto a los estadísticos. Los resultados del estudio al que fue sometido un grupo de estudiantes mejicanos, indican que en la nación azteca la población escolar ha subido de 21.5 a 32.7 millones en los últimos treinta años. Estos datos, informan, además, que la inversión educativa, de igual forma, se elevó sustancialmente; pero también señalan que a pesar de todo ese gasto descomunal de recursos los efectos no fueron los esperados. Cuenta Zaid que dos de cada tres entrevistados, que pasaron por ese proceso de masificación de la educación y recibieron los dones de esa iniciativa educativa, declaran hoy en día, leer mucho menos que antes. Expliquemos cómo es eso.

Zaid manifiesta que de acuerdo con los resultados de las encuestas que se aplicaron a fines del año 2005, sólo el 30% de los encuestados declaró leer algo de vez en cuando y el otro 13% admitió que jamás había leído un libro después de haber culminado sus estudios de bachillerato. El total de la población restante, es decir la mitad de los muchachos, dijo que no recuerda lo que leyó, o que ahora lee mucho menos. El restante número de personas que equivale a un 40%, asumió leer menos que antes, y agregó que nunca había pisado una librería. A los individuos que confesaron leer menos se les preguntó, por supuesto, que cuándo fue la época en la que la lectura había significado algo fundamental en sus vidas, y a esta interrogante respondió el 83% de ellos, que en esa etapa que va de los 6 a los 22 años, es decir, la fase que está directamente vinculada con la obligaciones de la escolaridad en cualquiera de sus niveles.

Gabriel Zaid asegura que si de entre los entrevistados se escogiera a esos individuos que están ubicados en el rango de edad que va de los 23 a los 45 años, o sea, los que hace treinta años fueron los beneficiarios directos del gran impulso educativo de los setenta, queda claro que sólo leyeron libros de texto, y que nunca aprendieron a leer por gusto, por placer, por inclinación, porque así lo decidieron un día. Zaid dice que los entrevistados explican que las razones principales, causas de esta falta de gusto, de esta falta de todo, de esa falta de aliento, de atracción por los asuntos del saber, pueden señalarse: en primer lugar, achacan el problema a la falta de tiempo, a las responsabilidades que derivan del trabajo y la crianza de los

hijos; en segundo lugar, se lo adjudican a la flojera; y en tercer lugar, se lo endilgan al desinterés. Como se ve, todos tienen una excusa pero ninguno lee.

Estas revelaciones no se quedan ahí. También fueron parte fundamental de la muestra de este estudio, los estudiantes de postgrado, y éstos dieron respuestas todavía más sorprendentes. El 18% de ellos aseguró que nunca ha ido a una librería; el 35% que no lee literatura en general; el 23% que no lee libros de ningún tipo, ni siquiera de autoayuda; el 40% que no lee periódicos; el 48% que no lee revistas y el 7% que no lee nada: ni libros, ni periódicos, ni revistas. Es decir Nada de nada.

El grupo de los más radicales confesores, admitió, sin ninguna vergüenza, que no gasta dinero en libros, o que en su defecto, gasta muy poco porque le parece inútil hacerlo. ¿Qué significa esto?, que la mitad de los universitarios de México, un país plagado de grandes escritores como Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis, intelectuales como Octavio Paz y Alfonso Reyes y poetas como Carlos Pellicer, no lee porque ni siquiera se toma el trabajo de comprar un libro.

De acuerdo a la mirada estupefacta de Gabriel Zaid, y la mía por supuesto, esta serie de datos confirman lo que todos hemos sospechado siempre: que esos individuos, esas personas de buena voluntad, esos cristianos devotos que se sienten tan bien consigo mismos, y además conforman la crema y nata de la sociedad ilustrada de los países de América Latina, casi no compra libros, compra sólo los que necesita para sobrellevar la carga académica de sus estudios y sólo cuenta con poco más de una veintena de ejemplares en su biblioteca personal.

Hagamos una prueba, un acto de fe y de conciencia al terminar este texto. Saquemos la cuenta personal en nuestras casas, hagamos un inventario de la biblioteca de la sala, para ver si hay algo de cierto en estos resultados presentados por el osado intelectual mejicano. Si los datos que saquemos de nuestros hogares coinciden con los que él nos da, entonces tendremos que admitir que la mayor parte de las personas que viven de aquello que dicen los libros (esas personas son los profesores, es decir nosotros, que quede claro) no gasta ni el 2% de su presupuesto anual en esa materia prima de la que fluye el conocimiento, y por tanto, el fundamento de su trabajo

y de sus placeres. Esto también quiere decir, que así hablemos de libros y de lectura, de motivación y estrategias, del amor y el goce, y del placer de leer, los libros, la fuente vital de la cual proviene todo ese palabrerío planetario que justifica la organización de tan variada tipología de eventos, tan sólo representan la parte más insulsa y efímera de nuestras vidas.

A partir de todo este cúmulo de evidencias yo me pregunto ¿Si los mexicanos de 12 años o más, que fueron el objeto de estudio de este informe, leen al año 2.9 libros comprados, prestados por un amigo, un admirador o un familiar; regalados, sacados de la biblioteca, o en último caso, fotocopiados, cuántos libros leeremos nosotros, los profesores venezolanos? ¿Si en la sección amarilla del directorio telefónico de 2005 de la ciudad de México, estaban registradas hasta ese año 325 librerías, lo cual equivale a 18 librerías por cada millón de habitantes, qué será de nosotros, cuál será nuestra situación, si tomamos en cuenta que ni siquiera llegamos a tener 10 verdaderas librerías en nuestra ciudad, y que ni siquiera tenemos una por facultad en la universidad? ¿Si esto se presenta de esta manera en nuestro contexto sociocultural, en qué situación estamos inmersos nosotros, cuando por otro lado en todo el estado y el país, y en todos los niveles de instrucción, el número de maestros se ha multiplicado? ¿Cuál será la cifra que indicará el número exacto de nuestros lectores? ¿Cuántos serán en esta llanura sin ecos? A juzgar por el número de librerías de la ciudad de Valencia supongo que serán muy pocos, porque como bien decía Adam Smith, en la vida social todo responde a la vieja ley de la oferta y la demanda.

Por otro lado, considero que sería un error apostar por el futuro porque si bien es cierto aquello que planteaba la gente de la escuela de Chicago, que la situación de la pobreza está determinada por la cultura que la genera y que a su vez la reproduce, el desinterés de los padres y los maestros por la literatura se reproducirá indefectiblemente en los hijos y los alumnos del futuro. Ese va a ser el panorama que se va presentar en los hogares y en las escuelas. También será, supongo, no lo aseguro, el que seguirá materializándose en las universidades.

Gabriel Zaid piensa que hace falta un estudio, y eso lo dejamos hoy como propuesta de proyecto de investigación, que se centre en el

universo escolar, pero que no hay que ser muy inteligentes para llegar a anticipar las conclusiones que arrojará. Seguramente demostrará que los maestros no leen, y que su falta de interés y de fe en el libro, se reproduce en los alumnos día tras día. Estos hipotéticos resultados, pesimistas y apocalípticos, que propone este autor, también indicarán que toda la inversión que se dirige año tras año en las escuelas y universidades, es dinero mal invertido porque sólo sirve para multiplicar el número de graduados que no leen.

Sabemos que todo profesor desea que sus alumnos se entusiasmen por el sabor intrínseco que descansa en las páginas de un texto literario. Estamos claros que la tarea del lector que busca motivar a sus iguales el vicio de la lectura, consiste en procurar que los libros resulten lo más atractivos e interesantes que sea posible. Sabemos también que un lector interesado es el principal agente de contagio, mejor elemento multiplicador que existe porque la pasión que le pueda provocar la historia de un taxista de Juan José Millas, será la razón fundamental de otra lectura. Entiendo que aquel que le gusta la literatura quiere que el otro pueda sentir lo mismo. Pero sabemos también que la experiencia que para uno es única e irrepetible para los demás puede resultar aburrida y tediosa. Por eso es tan difícil y frustrante la tentativa de convencer a *todos* los alumnos de que se apasionen por los textos literarios y por tanto considero, sin temor a equivocarme, que en muchos casos será un proyecto destinado al fracaso.

Pensar que unos muchachos de poco más de veinte años van a realizar un esfuerzo de aprendizaje y van dedicarse a la lectura porque estudian Literatura, por puro delirio desinteresado y amor al placer de leer, es sencillamente una quimera. Pienso que lo único que queda es esperar, tan solo esperar, a que ocurra un milagro secreto, como sucede en el cuento de Borges, para que puedan empezar a cambiar las cosas. Aunque creo también que no todo está perdido porque a pesar de todo, todavía hay profesores en estas circunstancias que logran motivar a algunos lectores y enseñarles algo acerca de los amores de Madame de Lafayette, porque a pesar de todo hay muchachos que van por ahí leyendo a Vallejo, a Caicedo, a Neruda y a Salomón de la Selva con una boina en la cabeza. Porque todavía hay quienes en la soledad sonora de la adolescencia aprenden algo del optimismo de Cándido.

Hay alumnos que valen la pena porque han decidido convertirse en lectores. Estos son los rebeldes, los insatisfechos, los contestatarios de nuestro triste presente. Estos son los que por fin encuentran en la lectura de Eugenio Montejó, o de Montale, o en los pasos de Carpentier, del Julián de Gil Fourtoul, de Julia Álvarez un medio de placer, crecimiento y de conflicto. Hay un pequeño grupo de alumnos que son lectores y por ellos hoy apuesto. Porque si bien es cierto que todos somos iguales, hay que considerar que en el fondo, en la raíz del miedo, el acceso a la cultura es un derecho que todas y todos tenemos pero que solamente les pertenece a los osados hombres que quieran ejercerlo.